



**SUBVERSIONES
INTELECTUALES**



Marx: Acontecimiento anticapitalista

Primera parte

39

VÍCTOR MANUEL MONCAYO C.

EXRECTOR Y PROFESOR EMÉRITO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

En estos dos últimos años han sido varias las conmemoraciones que nos han hecho volver los ojos a la figura histórica de Marx: la edición del Primer Libro de *El Capital* (1867), la terminación y publicación de *El Manifiesto Comunista* (1847-1848) y el bicentenario de su nacimiento (1818). Frente a ellas, necesariamente se repite el debate sobre su significación, con un doble riesgo: La recordación puede limitarse a la consideración de los rasgos positivos o negativos de su personalidad y de su obra, o convertirse simplemente en una ocasión para alimentar las querellas entabladas por quienes se reputan, legítimamente o no, como sus herederos. Tratándose de aquel judío de Tréveris, esos riesgos son aún más difíciles, por cuanto su acción no sólo fue objeto de vivas y agudas controversias en su tiempo, sino que continúa siendo referencia principal de los enfrentamientos sociales de hoy. Como bien se ha advertido, “en su nombre se han hecho casi todas revoluciones político-sociales de nuestro siglo. En nombre de su doctrina se elevó también la barbarie del estalinismo. Y contra la doctrina que se creó en su nombre se han alzado casi todos los movimientos reaccionarios del siglo XX”. (Francisco Fernández Buey (1998). *Marx (sin ismos)*. Barcelona: Edit. El Viejo Topo).

Es absolutamente indispensable asumir una posición radicalmente distinta y dirigirnos a la teoría de Marx habiéndonos despojado, previamente, de todo dogmatismo y renunciado de manera expresa a hacer de ella un simple producto del pensamiento, un fruto contingente de la generalidad de su autor, una construcción más del espíritu humano, para, en lugar de ello, señalar a lo largo del vasto recorrido teórico de Marx, en cuyo interior hay numerosas fases y no pocas rupturas y zigzagueos, ese permanente norte anticapitalista de su acción, esa constante perspectiva de enfrentamiento, de oposición, de rechazo a la dominación.

Podríamos, pues, si nuestra vigilancia no fuera lo suficientemente celosa, recrear idealmente la figura humana de ese trabajador incansable, que “sacrificaba todo su organismo a su cerebro”, para exaltarlo, una vez más, como pensador y como revolucionario. También sería posible, acercándonos al testimonio de Bakunin, ver en él al doctrinario que cree absolutamente en sus teorías y que desde la altura de las mismas desprecia a todo el mundo, con vanidad que llega hasta la suciedad y la locura, pero sin dejar de reconocer al hombre inteligente y sabio, devoto apasionado de la causa del proletariado.

Pero no es esa la evocación que queremos hacer de Marx, ni mucho menos es esa la importancia que deseamos asignarle. No es este el momento para parafrasear la voz adolorida de Engels en el cementerio de High Gate en 1883.

La alternativa tampoco es caer en la fetichización de su obra, colocándonos en el terreno de los marxismos de todo tipo que, bajo distintas formas, la han desligado de su autor, de su momento histórico, haciendo de ella un todo trascendente, un sistema coherente, un contenido perfectible. Por el contrario, para rescatar a Marx hay que separarlo de los marxismos y, más aún, hay que oponerlo a ellos. No solo Marx sin marxismo, sino Marx contra todo marxismo. En este sentido podríamos unirnos a la expresión de Foucault “Marx, para mí, no existe. Quiero decir esta especie de entidad que se ha construido en torno a un nombre propio y que se refiere, ya sea a un individuo, ya sea a la totalidad de lo que se ha escrito, ya sea al inmenso proceso histórico que derive de él (.). siempre es posible hacer funcionar a Marx como un autor localizable en una mina discursiva y susceptible de un análisis en términos de originalidad o de coherencia interna. Después de todo se tiene el derecho de “academizar” a Marx. Pero eso es desconocer el estallido que ha producido”. (*Microfísica del poder*).

Nuestro intento es rescatar a Marx como acontecimiento de la lucha de clases, como oponente antagónico de la relación capitalista, como hito fundamental en la historia de la oposición al Capital, de significación análoga a los hechos de la Comuna de París, esa "aurora de la gran revolución social que liberará para siempre a los hombres del régimen de clase", o las movilizaciones contra la explotación capitalista que en cada país son significativas, como pueden haber sido entre nosotros la Semana Roja de Barranca o la huelga de las bananeras en los años veinte del siglo pasado, o el ensayo insurreccional de septiembre de 1977, o como fue la experiencia de mayo de 1968 en Francia, o los movimientos más contemporáneos que se escenifican en diferentes latitudes.

Es Marx como sinónimo de posición anticapitalista, es el Marx que está agazapado y escondido en todas las luchas de resistencia, aunque éstas no obren en su nombre e inclusive lo ignoren; el Marx que está en todos los viejos topos que avanzan inexorablemente corroyendo los cimientos de la sociedad capitalista, así no tengan la figura del anciano venerable y de monóculo, fumador empedernido y lector incansable en su biblioteca de la quinta de Haverstock Hill. El Marx que está tanto en la crítica de las armas como en las armas de la crítica.

La necesaria crítica de todo marxismo

Esa recuperación de Marx pasa necesariamente por la crítica de todo marxismo, pues son precisamente ellos los que han organizado su obra y su acción como sistemas, los que niegan a Marx como acontecimiento de la lucha de clases e impiden que como tal se valore su experiencia. Cuando aparece el marxismo como filosofía, como ciencia, como ideología, como epistemología, como economía política, como doctrina, como concepción del mundo, como ciencia de la sociedad, queda atrás el hecho histórico central de Marx



Es Marx como sinónimo de posición anticapitalista, es el Marx que está agazapado y escondido en todas las luchas de resistencia, aunque éstas no obren en su nombre e inclusive lo ignoren; el Marx que está en todos los viejos topos que avanzan inexorablemente corroyendo los cimientos de la sociedad capitalista, así no tengan la figura del anciano venerable y de monóculo, fumador empedernido y lector incansable en su biblioteca de la quinta de Haverstock Hill. El Marx que está tanto en la crítica de las armas como en las armas de la crítica.

como expresión subversiva y desestructurante de la relación capitalista.

Son múltiples y de diversa significación las razones que han conducido, durante mucho tiempo, a la proliferación de los marxismos: marxismo ortodoxo, marxismo revisionista, marxismo reformista, marxismo leninista, marxismo luxemburguista, marxismo trotskista, marxismo gramsciano, marxismo maoísta, marxismo estalinista, marxismo soviético, austromarxismo, freudomarxismo, marxismo sartreano, marxismo althusseriano, marxismo consejista. En fin, la enumeración sería casi interminable. Pero hay un punto en común: más allá de las disputas sobre el Marx joven y el Marx maduro, sobre el problema de la organización y del partido, sobre la significación del método, sobre el humanismo, sobre la construcción del comunismo, etc., todos se edifican sobre la pretensión de otorgar sistematicidad y coherencia a la obra de Marx o a una parte de ella: en pocas palabras, por atribuir un sentido a lo que, de alguna manera, se concibe como la teoría de Marx, separada o cortada de la subjetividad de la acción histórica de su autor en el interior de las luchas de su tiempo.

Es absolutamente indispensable, entonces, asumir una posición radicalmente distinta y dirigirnos a la teoría de Marx habiéndonos despojado, previamente, de todo dogmatismo y renunciado de manera expresa a hacer de ella un simple producto del pensamiento, un fruto contingente de la generalidad de su autor, una construcción más del espíritu humano, para, en lugar de ello, señalar a lo largo del vasto recorrido teórico de Marx, en cuyo interior hay numerosas fases y no pocas rupturas y zigzagueos, ese permanente norte anticapitalista de su acción, esa constante perspectiva de enfrentamiento, de oposición, de rechazo a la dominación.



Quibdó

Del conocimiento a la crítica de la Economía Política

La ilustración quizás más notable de lo que significa la obra de Marx como oposición al Capital, por haber sido la tarea que consumió la mayor parte de su existencia, es su combate sin cuartel contra la economía política clásica, contra la conversión de determinadas formas sociales en objetos de conocimiento por parte de la teoría económica burguesa; es, en síntesis, su crítica de la economía política, sin que esta afirmación signifique que se desdeñe como secundario el resto de la obra de Marx y muchísimo menos su acción política, siempre íntimamente unida a los conflictos de su época.

Luego de ese lapso de su vida cuyo punto inicial es el momento del impacto producido por la insurrección de Silesia, que le permite ver a un proletariado que “clama inmediatamente, de manera brutal, impresionante, violenta y tajante, su oposición a la sociedad”, y que abre paso a la ruptura con la concepción feuerbachiana tal y como se plasma en la conocida Tesis XI (“Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversas maneras, de lo que se trata, sin embargo, es de transformarlo”), fundamento de la teoría como praxis revolucionaria, Marx inicia en Londres, en agosto de 1849, una época de semirretiro, dentro de lo que él mismo llamaba “un aislamiento público y auténtico”, que habrá de permitirle consagrarse casi por entero a sus trabajos teóricos, interrumpidos muy a menudo por su salud deficiente, sus dificultades materiales, e inclusive por luctuosos acontecimientos en el seno de su familia.

Su primera tarea es completar y agotar el conocimiento de la economía política, que había sido iniciada ya dentro del Plan General de los Manuscritos de 1844. Su afán es tal que en carta a Engels del 2 de abril de 1851 manifiesta: "Ya he llegado a tal punto que en cinco semanas habré terminado con esa mierda de la economía política, mientras que en el Museo me lanzaré a otra ciencia. Esto comienza a aburrirme. En el fondo esta ciencia no ha hecho ningún progreso desde A. Smith y D. Ricardo, a pesar de todas las investigaciones particulares y frecuentemente muy delicadas que se han realizado". Se trata, por lo tanto, de una primera fase dentro de un plan de mayor envergadura, que exige conocer las categorías de esa ciencia, correspondiente al mundo de la sociedad burguesa, en su núcleo más prístino, en sus exponentes más representativos y no en las versiones falsificadas propias de la economía vulgar. Marx entiende que esa Economía Política contiene los conocimientos propios y adecuados a la existencia de la relación capitalista, que estos conocimientos acompañan y llegan a ser constitutivos de la relación misma, en cuanto se incorporan como condiciones técnicas y sociales de la explotación. Es la ciencia que ha traducido en abstracciones conceptuales las formas sociales o abstracciones reales que podríamos llamar de significación económica (la moneda, la mercancía, el valor de cambio). Esas abstracciones reales que, al decir de Sohn Rethel, no tienen como origen el pensamiento, no son construcciones conceptuales, sino que provienen de las acciones de los sujetos sometidos a determinadas relaciones sociales, quienes, sin pensarlo y sin saberlo, las erigen como formas propias de tales relaciones. Esas abstracciones con las cuales cohabita la ciencia burguesa, convirtiéndolas en sus objetos de conocimiento. Marx reconoce la legitimidad de la Economía Política como parte del saber de la sociedad capitalista que, dentro de la separación entre trabajo intelectual y trabajo manual que

ella misma instaure, reitera y reproduce las formas sociales de la dominación capitalista. Cuando Marx describe el método de la Economía Política en la Introducción de 1857 (incluida como parte de los *Grundrisse*), texto considerado equivocadamente como el método marxista, se hace precisamente relación a ese proceso cumplido por la economía, la cual desde su nacimiento, aunque comienza por el todo vivo, termina por descubrir un cierto número de relaciones generales abstractas determinadas (división del trabajo, dinero, valor), a partir de las cuales se elevan o edifican los sistemas económicos. "Es manifiestamente el método científicamente correcto", pero es el método de la Economía Política, ciencia propia de la sociedad capitalista. Las categorías de ella, en ese sentido, expresan "formas y modos de existencia de la sociedad", pero cuya "existencia es anterior al momento en que se empieza a hablar de ellas como "tales"; son categorías conceptuales que repiten y reproducen las abstracciones reales. He ahí porqué Marx se ocupa inicialmente del conocimiento de las categorías de la Economía Política: en ellas encontrará las formas sociales de la dominación capitalista convertidas en objetos de conocimiento. Pero ese no es el único proyecto de Marx. Él tiene en mente "otra ciencia". Su pretensión no es producir un nuevo conocimiento sobre el mismo objeto de que se ocupa la Economía Política, no se trata de sustituirla ni de rivalizar con ella, sino de someter las formas sociales burguesas teorizadas por la Economía Política al fuego de la crítica para construir una teoría de la explotación, de la dominación capitalista y mostrar la realidad del antagonismo fundamental que opone en su época el proletariado al Capital. Obviamente, la necesidad del conocimiento de la Economía Política y el proyecto crítico corren paralelos y difícilmente puede separarse una actividad de otra. Sin embargo, hay noticia clara de la distinción: una cosa es la elaboración del cuadro o sistema de la economía burguesa tal y como se presentaba



a sus ojos (expresiones utilizadas en carta a Lasalle del 22 de febrero de 1858 y en el Prólogo de la Contribución de 1859), tarea que constituía prácticamente una pesadilla que Marx quería quitarse de encima (ver carta a Engels del 18 de diciembre de 1857), y otra cosa muy distinta la crítica de ese sistema a través de su propia exposición (en aquella carta a Lasalle, Marx indica cómo la crítica de la Economía Política deberá ser el tema de otro trabajo).

Es esa dualidad y, sobre todo, el olvido del proyecto crítico, lo que ha llevado a toda esa falsa polémica sobre los planes de trabajo marxista, que quiere reducir la significación de su trabajo teórico a la diferencia simplemente formal entre el contenido de los primeros esquemas expuestos en 1857 (carta a Lasalle del 22 de febrero de 1857) y el plan de

El Capital de 1866 (Carta a Kugelmann del 13 de octubre de 1866). La diferencia central del enfoque de Marx no reside en los temas que son objeto de consideración, sino en la mayor o menor presencia de su perspectiva crítica. De ahí surge, por consiguiente, la oposición entre quienes privilegian la exposición de Marx que remite al análisis organizado y coherente de las categorías propias de la Economía Política, y quienes ponen su acento en el carácter crítico de su obra y principalmente en la expresión de la necesidad de subvertir las formas sociales de la dominación capitalista. En otras palabras, la distinción entre una objetivización de la teoría marxista, que hace de ella una nueva economía política, y una afirmación de la crítica de toda economía y, especialmente, de las categorías que representan su objeto.